

EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID. — 12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado), núm. 20, entresuelo. — También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid. — Sábado 22 de Marzo de 1862.

PROVINCIAS. — 15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviando directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó grando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 381.

MADRID.

21 DE MARZO.

Decididamente la oposición es la que embaraza al gobierno para que marche por el camino de las verdaderas soluciones liberales.

Así lo asegura *La Epoca*; y nosotros al oírlo, exclamamos: «Dijo Blas... punto redondo.» De estos embarazos, si fuesen ciertos, quisiera tener todos los días el gabinete, porque así contaba con una excusa para ocultar sus verdaderas intenciones.

Pero no hay semejante embarazo; lo que hay es que el ministerio no quiere dar á luz nada que le obligue á seguir una senda liberal, y se hace el sordo á los clamores del país, y se hace el sordo á las exigencias de la época que atravessamos.

Bastante le importa al Sr. Posada que se discuta lo que no se discuta la ley de imprenta, cuando á él lo mismo le serviría la nueva que la vieja para perseguir á los periódicos independientes.

Bastante le importa á los vicalvaristas que se discuta ó no se discuta la ley de incompatibilidades, cuando ellos están seguros de tener un asiento en la oficina y otro en el Congreso, aunque le pese á la nación y al presupuesto.

En cuanto á la descentralización administrativa, es necesario andarse con piés de plomo, porque el día que las diputaciones provinciales gocen cierta independencia, y el gobierno no tenga derecho de vida y muerte sobre los alcaldes, se acabaron los candidatos cuerosos y los congresos unánimes y las mayorías sacadas á punta de lanza entre el trastorno de los distritos.

La verdad es, que al ministerio no se le ha pasado por las mentes el hacer ninguna concesión que tenga siquiera arosos de liberal, y que, por el contrario, se adhiere mas y mas al sistema de resistencia, como diciendo con el proverbio: «Errar ó quitar el banco,» lo cual traducido al lenguaje de la situación quiere decir: «Nada de pafios calientes; acabemos cuanto antes con la libertad, que es una especie de incómoda berruga en el rostro vicalvarista.»

Lo único que á los vicalvaristas les falta es valor, que si lo tuvieran, ya verían Vds. dónde estaban á estas horas la prensa y la tribuna.

Pero hay grandes dificultades para arrancar lo que tiene tantas raíces en el país, y por eso guarda ciertas reservas el ministerio.

Si fuera tan reservado el Sr. Meneses, no hubiera puesto en berlina al vicalvarismo, tratando de defenderle.

Y lo peor del caso, es que S. S. se da por aludido cuando nos dirigimos á los oradores y á los ministros, siendo así que esta tarde ha procurado probarnos que no es ministerial ni orador.

El Sr. Meneses es únicamente una persona muy ilustrada, sugeto muy digno de estimación, representante del país, miembro de la mayoría, y oficial del ministerio de la Guerra.

Cuando pase una docena de años, no tendremos democracia, como asegura el Sr. Meneses, pero tendremos ley de incompatibilidades parlamentarias, y se ahorrarán esas murmuraciones que tanto alijen á los muertos resucitados.

Ahora no nos falta mas sino que se dé por aludido el Sr. Ullagón para que sea completa la fiesta de los oradores.

Entre tanto que aquí averiguamos si los muertos hablan ó los vivos callan, el emperador de Marruecos sigue esforzándose para satisfacer la deuda, que es el cuento de nunca acabar.

Esto sí que está muerto, y bien muerto, gracias

á la habilidad del gobierno vicalvarista, que mientras le paga á Francia, Marruecos se le paga. Con eso verán los franceses que el Africa no empieza en los Pirineos.

Nada mas natural que la defensa que *El Diario Español* hace de su protector el gabinete, saliendo á rechazar las fundadas acusaciones de los que le atacan, porque como al periódico vicalvarista le va bien con esta situación, le importa poco que el país carezca de las garantías necesarias, y de los derechos que la Constitución le concede, mientras que el ministerio siga el escabroso camino que viene recorriendo hace cuatro años, y que Dios sabe dónde, cómo y cuándo ha de parar. Por muy desconsolador que aparezca el cuadro que nosotros bosquejamos, nunca lo parecerá tanto como lo es en realidad, si se tienen en cuenta los gravísimos conflictos que pueden surgir en un tiempo quizá muy próximo, continuando las cosas la marcha que ahora llevan.

Repetimos á *El Diario Español* que no hubo, en efecto, en ninguna época ni en ningún país, situación que pueda compararse con la que actualmente atravesamos, y por mucho que le sorprenda, es una verdad grandísima, que está en la conciencia de todo el mundo, y cuya demostración la llevan en sí mismos los sucesos. ¿Cuándo, ni en qué tiempo, subió al poder un gabinete con mejores circunstancias para hacer la felicidad del país, y para llevar á cabo una conciliación general de los partidos, practicando con pureza y con legalidad el sistema que nos rige, y poniendo por obra todas aquellas promesas que hacían en la oposición los principales personajes del vicalvarismo?

Pero nunca como ahora se ha realizado el proverbio de que con las glorias se olvidan las memorias, porque el velo del mas completo olvido, cubrió las anteriores ofertas del general O'Donnell, y el país, entregado á su dominación, vé marchitarse aquellas frescas flores que el presidente del Consejo iba á depositar en aras de la libertad y de la patria, allá cuando solo era conde de Lucena y aspiraba á ser jefe del gobierno.

El mismo *Diario Español*, que aplaude el nuevo instinto del soberano del vecino imperio, al aflojar las fuertes amarras que sujetaban á Francia, devolviendo su expansión al espíritu público, condena tácitamente la política del gobierno vicalvarista, puesto que lo que este desea y pretende es ir amarrando poco á poco la escasa libertad que aun se disfruta. Y no hay que meterse ahora á averiguar si las borrascas políticas se forman y se agitan por sobrada debilidad ó por demasiada resistencia en los poderes constituidos. Tan malo es lo uno como lo otro cuando se abusa de ello, y el gabinete actual lleva trazas de abusar de lo segundo mas de lo que sería menester para bien del país y de las instituciones.

Es cierto que tres años despues de la revolución francesa se hundía la república en los abismos de la nada; pero es mucho mejor que los gobernantes no den ocasion con sus errores y con sus torpezas, y á veces con su torquedad y con su egoísmo, á que pasen los pueblos por esos graves trastornos y á que tengan que arrepentirse de lo que hicieron, movidos por la fuerza de las circunstancias.

El Diario Español cree que el país no necesita ni libertad de imprenta, ni libertad electoral, ni ley de incompatibilidades, ni descentralización administrativa, porque todo lo tiene ya, gracias á lo precavido y cuidadoso que es el actual gabinete. En cuanto á la libertad de im-

prenta, vuelve con el manoseado tema, que es hoy el estruendo de todos los periódicos vicalvaristas, de que si no se ha discutido la ley presentada por el ministro de la Gobernación, tienen la culpa las oposiciones. A nosotros, hablando francamente, nos importa muy poco que se discuta ó que deje de discutirse.

Sabemos que la ley es peor, mucho peor que la que actualmente nos rige, y como estamos seguros de que contando el gobierno con una inmensa mayoría en los cuerpos colegisladores, no habrían de admitirse en dicha ley las modificaciones oportunas y necesarias, propuestas por los que defienden la libertad del pensamiento, será tiempo perdido el que se emplee en discutirla, para quedarnos lo mismo que estamos antes de su discusión. Además, bien consideradas las cosas, no es lo malo la ley, sino la manera que tienen de interpretarla el gobierno y sus delegados, por lo que es casi seguro que si mañana se pusiera á disposición del Sr. Posada la ley de imprenta mas liberal del mundo, tendríamos las mismas arbitrariedades, las mismas restricciones y la misma falta de libertad para escribir que hoy tenemos.

Las demás leyes pendientes siguen igual camino, y las que aun no se han discutido puede juzgarse de lo que serán en su día por la muestra que los representantes del país nos han dado en la reciente votación sobre el proyecto de incompatibilidades.

Estétranquilo, como asegura, *El Diario Español*, pues aunque nosotros tenemos todavía algunos motivos mas para temer las borrascas de que él aparenta burlarse, esos motivos no es fácil que se los digamos mientras exista para la prensa el rigor que ahora se usa. Pero por si alguna vez, lo que Dios no quiera, llega el triste caso que muchos presagian y que no pocos temen, recuerde el periódico vicalvarista que bastan y sobran los motivos apuntados, para producir grandes trastornos en los pueblos.

El discurso que pronunció ayer el Sr. Saavedra Meneses, da motivo á no pocas consideraciones, algunas de las cuales espondríamos aquí, si no fuese porque esperamos que hoy mismo las esponga por mas elocuente y autorizado estilo el Sr. Gonzalez Brabo. No podemos resistirnos, con todo, á reproducir aquí cierta sentencia dogmática del Sr. Saavedra, que fué oída y creída por muchos como artículo de fé, y en cuya virtud fundó el Sr. Saavedra su argumento-Aquíles, para convencernos de que todo buen español, y aun todo buen cristiano, debe ser ministerial.

Empezó el Sr. Saavedra por asegurar que el panteísmo es la piedra angular de la democracia, con perdon de Lamennais, de Bords, de Demoulin y de tantos otros en Francia, y con perdon, en España, del Sr. Castelar, á quien nadie tiene el mas leve pretexto para calificar de panteísta. Nos vaticinó luego este adivino de males que la democracia panteísta se nos viene encima á todo andar, y que va á echar por tierra el altar y el trono. Contra tan terrible advenimiento no hay mas que un recurso, y muy triste á la verdad; el de ser ministerial de todos los ministerios por malos que sean; el de agruparse en torno de quien mande, sin ponerse á discutir si manda mal ó bien.

Este ministerialismo forzado, ó lo que es peor, nacido del miedo, no bastará con todo á salvarnos de la democracia panteísta, cuyo triunfo, segun el Sr. Saavedra, es inevitable. Lo único que podremos conseguir con ser ministeriales de cualquier ministerio, es retardar el triunfo de la democracia panteísta. Pero lo bueno es que en

pasando diez ó doce años, y sobre todo si el señor general O'Donnell impera durante todo este tiempo, ya el Sr. Saavedra no tendrá el menor recelo de que esos panteístas-demócratas lleguen al poder. Durante los diez ó doce años de gobierno O'Donnell, entre los Sres. Posada, Negrete y Barca, adocrinarán y catequizarán á los demócratas, y los convertirán, sin mas ni mas, al catolicismo. La dificultad está, á nuestro ver, en que siendo, segun el Sr. Saavedra, el panteísmo una condición esencial del ser demócratas, los Sres. Posada, Negrete y Barca, ó dejarán á los demócratas con su panteísmo ó al despanteizarlos, los desdemocratizarán tambien; por manera que el profetizado advenimiento de la democracia será imposible del todo, puesto que no existirá la democracia.

Explicadas las cosas de esta suerte y creídas por todos, nos parece que hará malisimamente el que no apoye al ministerio O'Donnell. Q. E. L. Q. D.

El Sr. Saavedra, con aquel rigor geométrico que está acostumbrado, ha puesto en evidencia que la democracia es panteísta; que si no sigue mandando el general O'Donnell, podrá venir este panteísmo democrático á gobernar á la nación eminentemente católica; y que si el general O'Donnell sigue mandando, los Sres. Posada Herrera, Negrete y Barca, cristianizarán á estos impíos, y como en el ser que tienen de impíos están fundadas sus opiniones democráticas, dejarán de ser demócratas y nada tendremos que temer.

Para esta conversión de los demócratas panteístas se espera mucho del Sr. Barca, que como ha sido de la grey, les predicará en su lenguaje, y será mejor entendido. Los buenos misioneros siempre adoptan medios idénticos. Así es que en el colegio de la Propaganda de Roma hay niños chinos, hotentotes y japoneses, para que vayan mas tarde á convertir á sus paisanos. Solo faltan demócratas panteístas arrependidos, como el señor Barca, y jóvenes aun, para que puedan luego ir á predicar á sus ex-correligionarios las buenas doctrinas.

Mucho sentimos en verdad la aflicción que le hemos causado al Sr. Saavedra Meneses, pero en honor á la verdad, no ha sido nuestra toda la culpa; nuestra apreciación justa ó injusta se dirigía á los oradores ministeriales; el Sr. Saavedra no se tiene por orador, y además, segun tuvimos el gusto de ver ayer, no es ministerial, ó por lo menos no piensa como el ministerio, luego ¿á qué ofenderse por cosas que á él no se dirigían?

Nosotros hemos alabado mas de una vez al señor Saavedra por sus trabajos científicos y hasta literarios, pero por su ministerialismo ¿cómo quiere que le alabemos! El Sr. Saavedra piensa de una manera completamente distinta de como piensa el ministerio, y sin embargo, es ministerial: ¿puede esto explicarse? Si el ministerio obrase en consonancia con las ideas del Sr. Saavedra, es posible que nos entenderíamos fácilmente.

¿Pero cree el Sr. Saavedra que le habrá gustado mucho su discurso al Sr. Posada y á *La España* y á los demás reaccionarios sostenedores y ensalzadores ahora del ministerio? ¿Cree el señor Saavedra que estarán conformes los ministros de las famosas circulares con la apreciación hecha por S. S. al afirmar que hemos llegado al mayor grado de reacción posible? ¿Ha podido figurarse, á pesar de su natural buena fé, que el gabinete quiere defensores que empiecen diciendo que el triunfo de la democracia debe aplazarse doce años. ¿Con que dentro de doce años el Sr. Saavedra

será demócrata? ¿Está seguro S. S. de que para ese tiempo lo será el Sr. Posada?

Decididamente se necesita la angelical ingenuidad del Sr. Saavedra, para ser ministerial del gabinete Posada-O'Donnell, creyendo las cosas que cree.

Grande es la flexibilidad de los individuos que representan la política del gobierno repetidos sus cambios y transacciones: pero cuando vuelva Posada á ser progresista y O'Donnell á ser demócrata como lo fué en la alocución de Sevilla y en el discurso de las Constituyentes, ¿habrá un alma que los crea?

Vamos, tranquilícese el Sr. Saavedra, y no sea tan sensible otra vez, que nosotros no hemos querido ni mortificarlo siquiera, y si ha de defender siempre al ministerio como lo defendió ayer, estamos dispuestos á decirle nuestro niño mimado de la mayoría.

Tenemos el sentimiento de anunciar hoy á nuestros lectores un nuevo hecho escandaloso, de los que parece van haciéndose endémicos en este desgraciado país de algun tiempo á la fecha.

Nos escriben de Málaga que sospechosa la autoridad superior de la provincia de la conducta del tesoro que la misma nombró interinamente, determinó darle un arqueo extraordinario para poderla apreciar mejor, y que habiéndolo efectuado en la madrugada del 17 del corriente dió por resultado el monstruoso desfaldo de 85,000 duros, sin incluir lo que arrojan los bonos que espedia el cajero contra los administradores de rentas de los partidos, que estos satisfacían á la vista, garantidos con su admisión en pago al remitir los fondos á tesorería.

Hacer comentarios sobre un hecho de tanta gravedad, del que tambien se nos indica conocer ya los tribunales, lo consideramos por hoy inoportuno: nuestros lectores saben con cuánta repetición hemos lamentado otros análogos y reclamado del gobierno la adopción de medidas bastante fuertes y enérgicas que concluyan de una vez con los empleados concusionarios y que acepten los cargos públicos como medio de improvisar fortuna á costa del sudor de los pueblos, que no pocas gotas se habrán derramado para reunir los 85,000 duros en que consiste el desfaldo.

Cuando tengamos mas detalles volveremos á ocuparnos de este asunto; por hoy nos limitamos á escitar el celo del señor ministro de Hacienda, para que procure por todos los medios imaginables asegurar los intereses del tesoro, y que se exija la responsabilidad personal y pecuniaria, sin consideración de ninguna especie, á cuantas personas resulten complicadas en la comisión de tan punible hecho.

Despues de escritas las anteriores líneas, hemos sabido que el desfaldo conocido á la fecha de las últimas noticias, consistía solamente en sesenta y nueve mil duros; que el cajero se habia confesado responsable y se le habia embargado valores que podrían reintegrar al tesoro de unos veinte mil duros. Ignoramos si para los cuarenta y nueve mil restantes tendrán garantías el cajero interino ó quien lo nombró.

Desearíamos que por alguno de los periódicos encargados de defender á esta situación y aplaudir los actos del gabinete, se nos dijera en que estado se encuentran las obras del ferro-carril de Málaga á Córdoba, pues segun se nos ha comunicado por diferentes conductos de dicha capital, es tal el descrédito y el abandono de la empresa que está al frente de dichas obras, que por los accionistas

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

Flavia vió nacer el día y brillar el primer rayo del sol. Despues oyó la voz de su padre que hablaba con el jardinero, el cual le traía una carta de Victor.

El corazón de Flavia latió violentamente. Aquella carta de Victor iba sin duda á explicar muchas cosas.

Por un momento tuvo el pensamiento de bajar al parque y reunirse á su padre. Pero esta idea la ruborizó y la hizo temblar. ¿Cómo osaría arrostrar la severa mirada de su padre, cuando este supiera que hacia un mes que su hija recibía todas las noches á un hombre en el parque?

Y Flavia, trémula, ansiosa, no osaba salir de su aposento y esperaba con una especie de terror algun misterioso acontecimiento.

De pronto resonaron en el corredor contiguo pasos bruscos, desiguales, violentos.

«Es mi padre! pensó Flavia: y toda la sangre se le agolpó al corazón.

Llamaron á la puerta.

«Entrad! dijo con voz moribunda.

Entró el baron, y echó una mirada investigadora y rápida al aposento.

Vió que la cama de la jóven estaba intacta, y notó que las dos bugias colocadas sobre la mesa debían haber estado ardiendo toda la noche.

La palidez y la agitación del baron de Passe-Croix, eran tales, que Flavia pudo notarlas á pesar de su terror y de su turbación.

El baron cerró la puerta y se sentó al lado de su hija. Despues de haberla mirado en silencio durante un momento, le dijo:

«Flavia, hija mia, es preciso que hagais vuestros preparativos de viaje hoy mismo.

Y hemos convenido en que os marchareis ambas mañana temprano.

«Partid! murmuró la jóven.

«Sí... hija mia.

«Pero... padre mio...

«Vais al Poitou, á la casa de vuestro tío de Bretaña, el marqués de Morfontaine.

«Pero... ¿por qué ese viaje, padre mio? preguntó la jóven.

«Es preciso.

«Sin embargo, ayer mismo...

M. de Passe-Croix, que habia procurado contenerse, estalló al fin.

«Ayer mismo, dijo con súbita cólera, ignoraba que estuviérais enamorada de un miserable aventurero, de un hombre á quien vuestro hermano dará muerte, si es que yo mismo no me encargo de hacerlo.

«Flavia dió un grito terrible.

«¡Oh! dijo: ¡es falso, es falso!

«Hija mia! concluyó el baron de Passe-Croix, con el acento de una resolución invariable; ¡interino yo existo, no seréis la esposa de M. Alberto Morel!

Flavia exhaló un último grito; un grito de suprema desesperación, y cayó desmayada.

XXI.

Pasaron muchas horas.

Al perder el sentido, cayó Flavia de Passe-Croix al suelo, como una masa inerte.

Al ruido de la caída acudió su madre; hizo respirar un frasco de sales á la jóven, y esta recuperó el sentido.

Entonces se alejó el baron, dejándola sola con su madre.

La baronesa era una santa mujer, que no se habia manchado con ninguna de las infamias que envilecían la vida de su marido.

Ademas ignoraba esas infamias.

Despues de tomar á su hija en sus brazos y de estrecharla contra su corazón, hablaba con la mayor ternura, y alcanzó de ella una confesión completa.

«¡Oh! ¡Madre mia! ¡Madre mia! murmuraba Flavia sollozando; ¡si supieras cuánto te amo!

«Pero, hija mia, ¿no sabes lo que ha escrito Victor?

«Pero si Victor me ha ofrecido...

«Victor, interrumpió la baronesa, ha escrito que ese hombre es un miserable.

«¡Oh! ¡Es falso, es falso!

«¡Dios mio! ¿Le conoces bien?...

«¡Ah! ¡Madre mia!... ¡Si le hubieras visto!

«Pero, en fin, Victor es hermano tuyo, y te ama...

«Victor se equivoca.

«No se habla así de ningún hombre, hija mia, sin tener pruebas ciertas...

Pero á despecho de la lógica de su madre, Flavia movía la cabeza negativamente y lloraba.

«Escucha, mi adorada hija, le dijo la baronesa: vamos á marchar á Paris...

«Pero marcharnos, es condenarle.

«¡No! Escúchame.

La baronesa sentó á su hija sobre sus rodillas, y la cubrió de caricias.

«Escucha, prosiguió. Partiremos mañana. En Paris adquiriremos informes seguros, exactos, positivos... y si Victor se equivoca.

Flavia sintió una violenta opresión de corazón.

«Si se equivoca... te casarás con él.

Esta promesa calmó en parte la desesperación de la jóven.

Tenia tanta fé en el amor de aquel hombre, creía en él tan ciegamente, que al escuchar las palabras de su madre, se vió en el porvenir esposa de M. Alberto Morel.

«¡Bueno! dijo inclinando la frente. Te obedeceré.

Y desde aquel momento se ocupó de los preparativos del viaje con un apresuramiento febril.

Una hora antes le espantaba la sola idea de marchar; ahora le sonreía aquella idea, y hubiera querido estar ya en camino.

Cuando se quedó sola, únicamente pensó en una cosa; en avisar á M. Alberto Morel lo que ocurría.

«Pero cómo? ¿a quién podía confiarse? ¿Qué criado de la Martiniere sería bastante reservado y leal para encargarse de llevar una carta á los Rigoles?

Interin que discutía imaginando el medio de hacer llegar noticias de su viaje á M. Alberto Morel, ocurría en la Martiniere un suceso, sin importancia al parecer, y que, sin embargo, debia tener consecuencias terribles.

La víspera, antes de salir de los Rigoles para Bois-Fourchu, donde debia encontrar á M. Alberto Morel para batirse con él, rogó Victor á los Montalet que la mañana siguiente remitiesen á la Martiniere á Fauchette, su perra favorita.

M. Amaury de Montalet confió esta comisión al ayuda de cámara de M. Alberto Morel.

Hallábase Flavia asomada á la ventana de su habitación cuando llegó el criado montado en una mula del país, llevando á Fauchette en una canasta.

Impulsada por un sentimiento inexplicable, y tal vez aguijonada por el deseo de saber lo que habia sido de Victor, que saliera de los Rigoles para hacer el viaje misterioso, cuyo objeto callaba en su carta, bajó Flavia al vestíbulo y asistió á llegada de aquel hombre.

Ignoraba ella que el portador de Fauchette era el ayuda de cámara de M. Alberto Morel, y sin embargo, habia algo que le decia que aquel hombre le traía noticias de su amante.

Mas el portador no le dirigió la palabra, si bien la miró de una manera particular y tan significativa, que Flavia no dudó que aquel hombre tenia algo que decirle.

El baron y un criado de la Martiniere, que se habia apoderado de Fauchette, imposibilitaban toda comunicación entre ella y el mensajero.

Este, sin embargo, aprovechó un momento en que el baron miraba á otro lado, para decirle rápidamente:

«No me perdáis de vista cuando me aleje.

En seguida montó en su mula sin haber querido aceptar una gratificación ni un vaso de vino.

Flavia se habia sentado en el vestíbulo, y no apartaba la vista de la alameda de castaños.

El criado sacó la mula al trote, y se alejó tranquilamente.

Cuando hubo andado las tres cuartas partes de la alameda, volvió la cabeza y miró atrás.

M. de Passe-Croix y el criado se habian alejado. Flavia continuaba sentada en el vestíbulo.

Entonces el ayuda de cámara de M. Alberto Morel dejó caer un objeto blanco al pié de un árbol.

Luego, seguro de que Mlle. de Passe-Croix le habia visto, continuó su camino, salió del parque y se dirigió á los Rigoles.

Flavia adivinó que se trataba de una carta, y su corazón latió apresuradamente.

Su emoción fué tan violenta durante algunos instantes, que permaneció inmóvil, sin fuerzas para alejarse de aquel sitio.

M. de Passe-Croix no se hallaba ya á su lado, pero permanecía en el parque dando órdenes al jardinero.

Sin embargo, como cada vez se alejaba mas de la alameda de castaños, dirigiéndose hacia el estanque del pabellón, osó Flavia levantarse y se encaminó al sitio donde el criado habia dejado caer la carta.

Allí volvió á sentarse, recogió el papel; era bastante voluminoso, y lo ocultó en sus vestidos.

En seguida se puso en pié, huyó al castillo y se encerró en su aposento.

Cuando hubo echado los cerrojos, atreviéndose á abrir el pliego, en cuyo sobre solo habia escritas estas palabras: «¡Acordaos!

La letra era de M. Alberto Morel.

El sobre contenía dos cartas: una que Flavia reconoció ser de su hermano, y otra de M. Alberto Morel.

Naturalmente, Mlle. de Passe-Croix, que tenia mas prisa por saber noticias de su amante que de su hermano, tomó la carta de M. Morel y la leyó al momento.

Aquella carta estaba concebida en estos términos:

«Mi adorada Flavia: ayer me deciais que podíamos contar con vuestro hermano: la carta que os envío os probará lo contrario.

«Victor es amigo íntimo de Raoul de Montalet, que os ama, y ha jurado que seréis mujer de este.

«Victor ha inventado no sé qué tegido de calumnias, con las cuales espera perderme para siempre en el concepto de vuestro padre.

«Ya no me atrevo á ir á la Martiniere, y sin embargo, es preciso que os vea.

«Tratad de alejáros esta tarde, antes de la puesta del sol. Me hallareis en el matorral que borda la cerca del parque, al lado de la cabaña abandonada del carbonero.

«Allí os diré lo que no osó confiar á esta carta.

«Vuestro hasta la muerte.

«ALBERTO MOREL.»

Esta carta turbó á Flavia mucho mas que todas las emociones de la noche anterior y de aquella mañana.

«Pero qué carta era aquella de Victor que le remitía M. Alberto Morel?

No tenia sobre, ni llevaba direccion alguna: era un simple billete, que decia así:

«Caro amigo:

«Con la ayuda de Dios y de tu amigo Victor, te casarás con Flavia.

«Reservo á Morel una buena sorpresa de mi invención. Duerme, pues, tranquilamente.

«Victor.»

Cuando Flavia hubo leído este billete, sintió helárselo la sangre en las venas. Al mismo tiempo sintió como un acceso de ódio hacia su hermano, que al parecer la engañaba.

«¡Oh! ¡Es infame! murmuró.

Y se aferró con todas las fuerzas de su ser al amor que le inspiraba M. Alberto Morel, no dudando que habia de ser á los ojos de su padre víctima de las odiosas calumnias de su hermano.

(Se continuará.)

